

Galán, el hombre y el mito

Escribe: JORGE CARDENAS GARCIA

Si en un reciente estudio intitulado "Rebelión, asonada o sedición en los alzamientos comunales del Socorro en 1781" hice algunas acotaciones críticas al volumen V de la *Historia Extensa de Colombia*, escrito por el historiador Manuel José Forero, por cuanto niega el autor el sentimiento esencialmente revolucionario de los levantamientos populares del Socorro en el último cuarto del siglo XVIII, me propongo ahora esbozar algunas breves reflexiones en torno a la presencia de José Antonio Galán en aquellos movimientos precursores de nuestra independencia.

Berbeo y Galán—Tan inusitada es la reminiscencia de Manuel José Forero sobre el motín de Simacota, que por no haber sido originado en las reglamentaciones fiscales del regente visitador Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres nada tuvo que ver con la revolución de los Comuneros, como insólito el paralelo que traza entre Juan Francisco Berbeo y José Antonio Galán.

"Le damos —dice refiriéndose a Galán— el primer sitio en lo tocante al esfuerzo por dilatar la esfera inicial", con lo cual pretende hacer creer que merced a su influencia sumáronse al movimiento los habitantes de numerosas regiones y, según las palabras del autor, "no se lo damos a Juan Francisco Berbeo" entre otras razones porque "las regiones conmovidas por José Antonio Galán no se hubieran erguido amenazantes si no llegara a ellas la palabra decidida de quien las invitaba a sacudir el dominio de los gobernantes opresores de su país".

La historia no se escribe a través de juicios de valor en virtud de los cuales es factible exteriorizar nuestras simpatías por uno u otro personaje, y mientras nuevas fuentes de información no contradigan documentos y probanzas que destacan a Berbeo como el jefe máximo de la insurrección, todo esfuerzo para demostrar lo contrario no sobrepasa la línea de las suposiciones inútiles.

Mas si Galán fue el auténtico caudillo de la sublevación y por su prestigio incitó a la revuelta las turbas inconformes, ¿por qué las gentes del común confiaron desde un principio a Berbeo la responsabilidad de la sublevación, invistiéndolo de poderes que el mismo Forero confiesa erróneamente que ni en una república hubieran podido conferírsele a una sola persona, siendo así que en una emergencia de tan dilatadas proporciones y de un inconfundible carácter bélico no son contrarios a la fisonomía del régimen republicano?

Si Berbeo no hubiera sido un gran caudillo, ¿cómo explicarse la disciplinada reunión bajo su mando, de muchedumbres diferenciadas por intereses regionales y rivalidades entre los capitanes hasta constituir un ejército que a pesar de las precarias condiciones de aprovisionamiento en vituallas y pertrechos, de la rudeza del clima del altiplano para los nativos de las tierras templadas, acampó en los contornos de Zipaquirá e impuso al arzobispo Caballero y Góngora y a los comisionados del Real Acuerdo el audaz pliego de peticiones económico-políticas que subvertían el orden constituido?

Por mandato de Berbeo instigó Galán al levantamiento a los pueblos por donde pasó desde Vélez (Chiquinquirá, Simijaca, Susa, Ubaté, Tausa) hasta Nemocón y cumplió bajo sus órdenes importantes comisiones, llevando a la rebelión algunas otras poblaciones en la campaña del río Magdalena.

Con todo, si gracias a las supuestas dotes que como jefe poseía Galán, se incorporaron a la sublevación lugares antes indiferentes a su propio destino, ¿por qué en la segunda expedición de reto al gobierno español, encabezada únicamente por él, apenas sesenta hombres acudieron a su llamamiento y en corto tiempo cayó en poder de los peninsulares? Y si era Galán el más autorizado intérprete de las ambiciones del pueblo, ¿cómo entender que siendo el visitador Gutiérrez de Piñeres el funcionario más odiado por los revoltosos, Galán, encargado por Berbeo para detenerlo en su huída hacia Cartagena y entregarlo vivo o muerto, le hubiera anunciado desde Guaduas las intenciones del comandante general, aconsejándole esconderse si quería salvarse, lo que así hizo el desalmado enemigo de los insurrectos, frustrando el unánime anhelo del común?

El historiador Pablo E. Cárdenas Acosta, trae en su obra *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada*, una carta dirigida por Galán a doña Ignacia Roa de Bodega, esposa del administrador de la real renta de aguardiente en la villa de Honda, en la que Galán advierte en las posdatas las intenciones de Berbeo contra Gutiérrez de Piñeres, y que a la letra dice:

“Señora doña Ignacia Bodega.

“Muy señora mía:

“Celebra mi cariño que la salud de vuestra merced sea buena, y la que obtengo ofrezco a la disposición de vuestra merced, para que me ocupe en lo que mi pequeñez valiere, que serviré con buena voluntad; y que me encomiende a Dios, que el día que menos piense me tendrá por allá; y mis encargos, un sombrero de primera, una buena redecilla y mis pañuelos finos. Favor que espero de vuestra merced, y que Dios la guarde muchos años.

“Guaduas y Junio siete de mil setecientos ochenta y uno.

“M. S. M.

“B. L. M. de vuestra merced su afectísimo y seguro servidor,

“JOSEF ANTONIO GALAN,
“Capitán de la Tropa Socorreña”.

“Posdata. Usía muy señor mío. Suplico a usted que me haga el favor, por Nuestro Amo y Señor y por mi Señora del Socorro, se retire, aunque sea en una montaña debajo de la tierra, por evitar alguna ruina que pueda padecer esa villa y vuestra merced, si lo encuentran los comunes, y esto sin que lo sienta la tropa, para que a mi no me sobrevenga nada, por estar la gente tan sublevada en rigor porque la orden expresa de nuestro General es de que debo entregar la cabeza de Usía. Y así, para que no se experimente esto, hago este expediente con el secreto posible, viendo que soy bautizado y redimido con la sangre de Christo. Usía excogitará lo que mejor fuere de su agrado, si esperarnos o retirarse.

“Dios le guarde muchos años.

“Guaduas y Junio siete de mil setecientos ochenta y uno.

“B. L. M. de Usía su estimador,

“Capitán Comandante de las Tropas del Socorro”.

“Otra posdata. Perdonará Usía los vocablos y yerros, por ser yo tan tosco en estos negocios de vocablos. Repito a vuestra merced una prevención: que Usía no se vaya para abajo, si sigue, pues tiene mucha gente en contra. Se ocultará como digo, y luego seguirá su destino, hablando, si quiere usted, conmigo a solas, y es cuanto puedo decirle. A Dios”.

Mientras no se invalide con documentos fehacientes el anterior comunicado de Galán a Gutiérrez de Piñeres, el proceder del comunero sacrificado más tarde con atroz y refinada crueldad tendrá que ser calificado como es debido, sin que la encendida indignación suscitada por su muerte y el halo del martirio que transfigura ante la posteridad a los ajusticiados en aras de los grandes ideales, consigan olvidar aquel comportamiento.

El mito de Galán—Pero es que Manuel José Forero, seducido como otros historiógrafos por una imagen legendaria de aquel infortunado revolucionario y colocándose a distancia del hombre de carne y hueso, se evade del frío análisis del personaje y de su circunstancia para transitar por los caminos de la representación mítica.

Cuando tal vez para alejarnos de las asperezas de la realidad que nos circunda, nos complacemos en los mirajes del pasado y dotamos a cosas y personas de dones y virtudes que deseáramos poseer, proyectando sobre ellas los más caros ideales de la comunidad en un momento dado, estamos inventando y creando mitos que no siendo susceptibles de una pura dilucidación conceptual viven y perviven en el reino de la esperanza, percibidos por la intuición y sustentados por la elación del sentimiento.

Si el mito no ha de continuar siendo interpretado, de acuerdo con Mircea Eliade, como una simple ficción o un mero producto de la fantasía sino como un complejo cultural no desprovisto de realidad, no habría de sorprendernos el mito de Galán pero si se examina la conducta del comunero al cubrir la retirada de Gutiérrez de Piñeres, el mito carece de justificación.

En el mundo moderno subsistirán los mitos en tanto que el hombre admire en ellos cuanto aprestigie la condición humana, y es esta la causa

de que la función mítica influya por su valor paradigmático en el quehacer cotidiano. Cuando Marx contempla en las angustias del proletariado los padecimientos transferidos por Cristo y su papel de redentor, cree en el mito, y quienes exaltan a Superman por hallarse provisto de poderes ilimitados que el ciudadano medio de los Estados Unidos desearía para sí, no hacen otra cosa que rendir culto a un mito de nuestro tiempo.

Los pueblos sojuzgados durante largos períodos y gobernados despóticamente, imaginan como recurso de sus alivios y panacea de sus males que algún día habrán de ser dirigidos por los más humillados o los más injustamente tratados por los opresores. Y como una sociedad de presuntas castas inferiores no deja de constituir un fácil halago para quienes aspiran a conocer sus desazones más íntimas, es apenas natural que quieran verla conducida hacia su liberación por los parias del pretérito que adivinaron en su más honda entraña los espejismos de su redención.

Perteneciendo Galán a la clase de los desheredados de la fortuna, parecía obvio que compartiera los sufrimientos del negro esclavo y del indio siervo, encarnando sus ansias de mejoramiento, y que por su acceso a situaciones de poder dentro de las tropas de los insurgentes vieran en él los oprimidos la clave de su salvación. Nació así en la mente de escritores y poetas y de los obnubilados por la justicia social, un prototipo de héroe que además de causar admiración era el emblema de la revolución en un inmediato o lejano porvenir. De ahí que el mito de Galán sea el más alto incentivo de una radical transformación social, siempre urgida de representaciones sentimentales para impulsar las masas a la acción, tal como lo concibiera la filosofía de Jorge Sorel.

En tanto que el principio consistente en obtener el máximo de satisfacción con el mínimo de esfuerzo siga invadiendo la esfera del pensamiento y la ley de la comodidad y la molicie predomine en nuestra vida intelectual, resulta más halagador admitir sin examen viejos clisés sin cotejo con el original que descubrir lo recóndito de una situación, y es esta tendencia la que ha impedido dibujar en Galán la silueta de un valiente guerrillero y de un apóstol de las reivindicaciones populares antes que el perfil de un ser excepcional nimbado por la luz indeficiente de lo mítico.

Por eso no puede rodearse a Galán de la azulada atmósfera del mito ni ver en él un vano símbolo de la lucha de clases, ya que su sola dimensión humana le asigna su exacto sitio en el escenario de la historia nacional, en que su figura cobra su preciso relieve de agitador de masas no disminuído ni opacado por no haber sido el jefe supremo de la revolución que anunció el advenimiento de la república.